

leído en el *Album de la Flechere* aquellas imprudentes palabras nuestras: *Nosotros seremos los últimos viajeros que pongan su nombre este año en el presente libro.*—Y ellos habrían escrito despues el suyo! ¡Y ellos se habrían reido de nuestra necia baladronada!

—¿Cuándo han llegado al hotel aquellos jóvenes ingleses? pregunté á uno de los criados que servian la mesa.

—Esta tarde, me respondió.

—¿De dónde vienen?

—De Chamounix.

—¿Por qué camino?

—Por el San Bernardo.

—¡Por el San Bernardo!

—Si señor; por el camino de Aosta.

No me quedaba mas que oír.—Aquellas dos divinidades aristocráticas habian hecho lo que Iriarte y yo no nos habíamos atrevido á hacer.

¡Y sin embargo; su tez parecia de hojas de rosa, sus manos blanqueaban como las azucenas, sus ojos irradiaban inocencia, reposo y alegría!—Yo las veneraba... á pesar de que me gustaban mucho.

Al comprender que las reconocíamos, pusiéronse las dos muy coloradas, para lo cual necesitan poco las señoritas y hasta las matronas de los tres reinos unidos.

Nosotros devoramos en silencio nuestra humillacion y los *grissini* que nos tocaron en suerte.

Dejo á vuestro cuidado el averiguar qué cosa se entiende por *grissini*.

Despues de comer, todas las señoras volvieron á sus habitaciones, en tanto que los hombres nos reuníamos en otra pieza á fumar y tomar café.

El joven inglés, el hermano de sus hermanas, se dignó entonces tambien ruborizarse y sonreirnos.

Nosotros empezamos á comprender que su resérva no procedía de orgullo, sino de timidez natural, y de esa refinada etiqueta que forma la base de la educacion de los insulares.

—Ese inglés quiere hablarnos, me dijo Mr. Iriarte. Le estoy viendo luchar con su temperamento; pero al cabo vencerá su curiosidad. Dejémosle, pues, tomar la iniciativa. Probablemente pasará toda esta noche sin dormir, pensando en las cosas que hubiese podido decirnos, si se hubiera atrevido, y en la manera de abordarnos mañana. Antes de tres dias seremos amigos de nuestras aparecidas de la *Tête Noire*. Hoy somos ya toda una aventura en el viaje de esos tres jóvenes. Mañana podremos ser una novela.

En esto vino á buscarnos Jussuf, ganoso de hacernos conocer *su teatro*.

Yo tambien ardía en deseos de encontrarme en él.

¡Oír una ópera en Italia! ¡Ver la *Norma* en la patria de la música!... ¿Qué mayor ilusion para mí? ¿Qué cosa mas natural, mas propia, mas indígena, mas auténtica, mas de circunstancias?—Esto equivalía á comer ostras en Ostende, á

ir á los toros en Sevilla, á ver un serrallo en Asia, á tomar leche en Suiza, á verse vigilado en Venecia, á presenciar un asesinato en Roma, á beber cerveza en Lóndres, á hablar de filosofía en Viena.



El baron Ricasoli.

Tomamos, pues, el camino del *Teatro Nazionale*, situado á un extremo de Turin, cerca del *Giardino pubblico*.

Nuestras sorpresas empezaron en el despacho de billetes.

Nosotros pedimos butacas, lunetas, (*stalles, fauteuils*,) ó cosa por el estilo, y á todo esto nos contestaban alargándonos tres llaves.



—No son palcos lo que queremos, insistíamos nosotros. Queremos butacas, lunetas, *fauteuils d'orchestre*...

—Pues bien, eso les doy, respondía el espendedor, que hablaba indistintamente francés é italiano. Aquí se llaman *sedie chiuse* (sillas cerradas). Con estas llaves las abrirán ustedes.

—Pero, señor, ¿cómo se abre una silla?

—Ya se lo dirá el acomodador.

—¿Y son estas las mejores localidades de la platea?

—Si señor: son las mas caras: son lo que se llama en Francia *sillon de orquesta*.

—¿Y cuánto valen?

—Cuatro mutas (*mute*) cada una, comprendida la entrada.

La *muta* es una moneda especial del Piamonte, que ni es de cobre, ni de plata, sino una mezcla de plata y cobre, como la que antiguamente se llamaba *vellon* en España.—Cada *lira*, ó sea cada franco, equivale á cinco mutas.—Nos habian, pues, pedido unos tres reales por cada *sillon* de orquesta.

—¡Barata anda la música en este país! exclamé yo.

—Es natural, me contestó Iriarte. ¿No ves que aquí se cria?

—Por esa misma razon debe de ser mejor que en ninguna otra parte.

—Lo que ya no admite duda es que los cantantes italianos no son pagados en su tierra como en el extranjero.

—*Nemo propheta est*...

Provistos de estas ilusiones y de las susodichas llaves, entramos en el teatro.

La sala era espaciosa, si bien demasiado alta para su longitud y anchura. El decorado me pareció sumamente pobre, y el público... de la última calidad. Los ciento diez y seis palcos en que se dividía el anfiteatro estaban llenos de hombres, mujeres y niños. Los niños lloraban ó gritaban... segun su edad. Las mujeres comian castañas. Los hombres conservaban el sombrero puesto.—Esto en cuanto á los palcos.

En la platea habia cuatro ó cinco filas de *sedie chiuse* y otras diez ó doce de asientos de madera lisa.—Una tercera parte de la sala quedaba sin localidades. Allí se agrupaban de pié los que solo habian comprado entrada.

La *sedia chiusa* se llama así, porque su asiento (que se levanta y se baja, como el de las sillas de coro de algunas catedrales) está sujeto al espaldar con una cerradura de hierro, á fin de que solo pueda ocuparlo el poseedor de la llave.

Segun me dijeron mis vecinos, estos usos y costumbres son iguales en casi todos los teatros de Italia.

Yo empezaba á perder mis ilusiones...

—¡Con tal que canten bien!... exclamaba á cada momento.

Ya estaban encendidas las luces de la orquesta, consistentes en unos quinqués enormes, que mucho me engaño ó debieron de conocer á Guido el Areentino.

El telon de boca, que era una alegoria del *Estatuto Sardo*, empezaba á mearse...

El público rugia de entusiasmo é impaciencia al oír templar los instrumentos.

Jussuf se multiplicaba para atender á las innumerables victimas que esperaban una mirada de sus africanos ojos.

Los primeros acordes de la sinfonia restablecieron al fin la calma en el público, ahuyentándola de mi corazon.

¡Dios de Israel! ¡Qué orquesta! ¡Qué algarabía! ¡Qué trompetazos! ¡Qué violines, sonando como rabeles! ¡Qué furia marcial la del *signor direttore*!— ¡Ah! ¡perro moro! ¿Para qué nos has traído aquí?— ¡Ah, querido Iriarte!... ¿Quién diría que estamos en Italia?— ¡Oh, divina Euterpe! ¡Cómo toleras semejantes abominaciones!

En esto se corrió el telon y apareció la sagrada selva.

El público siguió con el sombrero puesto.

Esto me consoló en cierto modo.

Cuatro galos y un cabo, y ocho druidas seguidos de *Oroveso* ocuparon la escena.

Uno de los druidas salía temblando como un azogado, á fin de significar que era viejo.—Media arroba de lino le servia de barba.

En cambio, habia otro con bigote y perilla.

A Oroveso le llegaba la barba á las caderas... y no exagero ni una pulgada.

Toda esta tropa rompió á cantar sin pararse en barras, levantando los brazos con una simultaneidad y un concierto que desgraciadamente no empleaban al levantar la voz.

Luego salió *Pollione*, formidable sugeto de dos varas y media de estatura, el cual empezó á gritar desafortadamente. A los pocos momentos desafina; luego da un espantoso gallo; el público aplaude... tal vez irónicamente... El artista saluda con la mayor seriedad.—Toda su aria transcurre de este modo.

En seguida sale *Norma*, no trágica, sino patibularia figura, de recios y descarnados huesos, macilenta fisonómica y amanerado traje.—La *Casta diva* es cantada de tal manera, que ni su autor la hubiera reconocido.—Al final del aria aparece un criado en la escena, llevando un gran ramo de flores, que entrega á la *prima donna* delante de todo el mundo y de parte de no sé quién. El público aplaude á mas y mejor, no sé si de veras y de broma. Jussuf nos mira con aire de triunfo, como diciéndonos:—*Ya veis á dónde os he traído: todo esto me lo debéis á mí.*

Yo no puedo mas, y abandono el teatro.—Iriarte se queda allí, haciendo sin duda estudios caricaturescos.

Al poner el pié en la calle, renegando, no de mis ilusiones músico-italianas, (pues aquello no era el arte, ni aquel el público, y ya me habian dicho que hasta el 25 de diciembre no empezaba en Turin la temporada lírica), sino de mi triste error de haber empezado por semejante profanacion el catálogo de las impresio-



nes musicales que debia producirme Italia; al salir á la calle, digo, quiso mi buena suerte que tropezase con una veintena de soldados y otros tantos pescadores del Po, que vagaban del brazo por el *Giardino pubblico*, cantando á la luz de la luna; (tan escarnecida por su sacerdotisa poco antes,) el famoso *Miserere* del *Trovatore*... pero con voces tan hermosas, con tal afinacion y gusto, que me dí por indemnizado del mal rato que acababa de pasar.

Del *Giardino pubblico* me dirigí á la *Piazza Castello*, dando un gran rodeo por la orilla del rio.

Al llegar á los pórticos que hay delante de nuestro hotel, me encontré de manos á boca con Iriarte.

—¿De dónde vienes? le pregunté.

—Del hotel; de buscarte.

—¿Pues no te divertías tanto en el teatro?

—¡Oh! no he podido resistir á *Adalgisa*...—Norma es una sublimidad al lado de ella.

—¿Y Jussuf?

—Allá queda aplaudiendo. Creo que tiene intereses comprometidos en el cuerpo de coros.

—¿Y dónde vamos? Son las nueve de la noche.

—Podemos ir á otro teatro, que hay aquí cerca, y en el que he oido música al tiempo de pasar. A la puerta he visto muchos coches, y la orquesta no parecia mala...

—Ese será el *Teatro Carignan*; pues si no me equivoco, la plaza de este nombre se encuentra por aquí. En ese teatro, construido bajo la direccion de Alfieri, se representaron por la primera vez las tragedias de este inmortal poeta. Es el segundo coliseo de Turin...

—Aquí lo tenemos.

—*En avant*...

—Ya ves que esto es otra cosa...

—En cambio, yo no conozco esa música...

—Debe de ser un baile.

—¡Ah! sí. Recuerdo haberlo leído en un cartel. Esta noche se representa aquí el gran baile de espectáculo titulado *La Esmeralda*.

—Pues entremos.

El *Teatro Carignan* es muy lindo; pero tambien en él hay una parte de la sala sin asientos; tambien en él asiste el público á la representacion con la cabeza cubierta; tambien en él hay *sedie chiuse*... por cierto bastante incómodas.

En cambio, los palcos de *primo* y *secondo ordine* estaban ocupados por la mejor sociedad de Turin; ó sea por la parte de ella que no se encuentra en el campo.

El baile se reducía á una larga y pesada pantomima, cuyo argumento estaba sacado de *Notre Dame de París*.

La señorita Salvioni, la heroína de la fiesta, era una bailarina muy hermo-

sa, aunque demasiado alta para sílfide, y escesivamente propensa á la traspiracion...—Por lo demás, bailaba bien, y era aplaudida con locura.

Pero no ha sido seguramente el espectáculo lo que mas nos ha llamado esta noche la atencion en el teatro *Carignan*, sino un célebre personaje que formaba parte del público.

Este personaje se encontraba solo en el palco-platea de proscenio de la derecha, sentado de espaldas á los espectadores, que solo veian de él á veces los muchos periódicos que iba leyendo y depositando en otro sillón.

Era el conde de Cavour.

Siempre que la Salvioni aparecia en escena, el presidente del Consejo de Ministros dejaba los periódicos; avanzaba al antepecho del palco, y fijaba sus gemelos en la voluptuosa *Esmeralda*.

En torno mio decia la gente que el noble conde se perece por el baile y las bailarinas.

Cavour es hombre de unos cincuenta años, grueso, de pequeña estatura, elevada frente y vivisimos ojos, que relucen al través de las gafas; descuidado, aunque decoroso, en el traje; con mas aire de sabio, de bibliómano ó de arqueólogo, que de diplomático ó de guerrero; sencillo, en fin, y llano en su aspecto y actitudes.

Yo le hice estas observaciones al individuo del público que me habia dicho:—*Aquel es Cavour*...

—Pues si conociera usted su vida, me replicó el mismo; veria usted que corresponde perfectamente á su figura. Cavour se levanta á las cuatro de la mañana y estudia hasta las seis. A esa hora empieza á despachar los dos ó tres ministerios que tiene siempre á su cargo. A las diez puede usted verlo dando un paseo á pie por las calles de Turin. A las once viene al café del *Cambio* (que se halla al lado de este teatro), donde almuerza confundido con la multitud. Despues va á palacio ó al Consejo de Ministros. En seguida al Parlamento. Luego come espléndidamente. A la noche recibe á los diplomáticos ó da audiencia pública. A las diez viene un rato á ver bailar, á leer los periódicos extranjeros, á hablar desde su palco con las bailarinas y á aplaudirlas con el furor que usted ve. Desde aquí se va á hacer alguna visita particular, y á las doce se mete en la cama. Esto quiere decir que solo duerme cuatro horas.

Yo sabia por mi parte que el conde *Camillo Benso di Cavour* es uno de los hombres mas ricos de Italia, y que su familia pertenece á la primera nobleza del Piamonte.

El pueblo turinés, que le conoce, quiere y respeta mucho, á pesar de Garibaldi, le llama generalmente:—*Papá Camillo*.

El baile acabó á las once, á cuya hora nos vinimos al hotel, donde en este momento acabamos de hacer el programa de mañana.

Se me olvidaba decir que la duquesa florentina y las heróicas inglesas estaban en el teatro.